

www.elboomeran.com

Melania G. Mazzucco

Eres como eres

Traducción de Xavier González Rovira



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Sei come sei

© Giulio Einaudi editore

Turín, 2013

Questo libro è stato tradotto grazie ad un contributo alla traduzione assegnato dal Ministero degli Affari Esteri italiano – Este libro se ha publicado con una subvención a la traducción concedida por el Ministerio de Asuntos Exteriores italiano.

Ilustración: foto © Kris Maccotta, plainpicture / donkeysoho

Primera edición: enero 2016

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Xavier González Rovira, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7942-1

Depósito Legal: B. 27031-2015

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Su deseo fue satisfecho. Que también vosotros podáis
satisfacer el vuestro.

Fórmula de despedida de las fábulas armenias

Nota de la autora

Eres como eres se desarrolla en el «año cero». La historia ha de ser considerada imaginaria. Personas, lugares y hechos son nombres y palabras.

Nota del editor

Los versos de la p. 93 son del poema «Una noche», en C. P. Cavafis, *Poesía completa*, trad. de P. Bádenas de la Peña, Madrid, Alianza, 1982.

Los versos de la p. 131 se han tomado de la canción «Perduto amore (in arcadite)» de G. C. Testoni - E. Sciorilli © Cetra, 1945.

La cita de la p. 172 se ha tomado de A. Chéjov, *El huerto de los cerezos*, traducción de Juan López-Morillas, Madrid, Alianza, 1997, p. 171.

EL AÑO CERO

Si me preguntan en qué año nací, yo contesto. Porque doy por descontado mentir; no se espera que las mujeres digan la verdad. Ni tampoco los jóvenes, a menos que ostenten el privilegio de su edad para sacar provecho del mismo. A la juventud se le perdonan de buena gana el error, la presunción y la valentía. Y yo detesto el determinismo de la biología. Quien me pregunta, además, tampoco sabe que considero cada año de mi vida un milagro, y que presumo de ello. Pero contesto a mi manera.

Nací en el año del caballo, digo. Según el horóscopo chino, los nacidos bajo el signo del caballo son rebeldes que no soportan las imposiciones, hablan mucho y no tienen el sentido del tiempo. Les gusta viajar, la crin al viento. Yo también tengo crin, y también el carácter imprevisible y la impaciencia equina, y todo lo demás. Pero me gustaría poseer la genial estupidez del caballo de carreras, sobre la que mi abuela fabula, la capacidad irresistible de apuntar hacia la meta.

Otras veces digo: nací en el año de la unión monetaria. Porque me siento ciudadana de este viejo continente, aunque abriera los ojos en otra parte del mundo. Es el año en que se hizo realidad un sueño que siempre había parecido una utopía de locos hasta poco tiempo antes. Y además me siento nueva, como Europa, y llamada a construir un mundo diferente al que me ha precedido.

Otras veces digo en cambio: nací en 1423. Y en todas esas ocasiones digo la verdad. Porque hace algunos años, cuando iba a tercero de primaria, hice un descubrimiento que me dejó de piedra. Al principio del curso académico llegó a clase un nuevo alumno. De tez oscura, tímido y, no obstante, altivo. No hablaba italiano. La maestra le indicó que se sentara a mi lado. A mí siempre se me ha dado bastante bien la lengua italiana y me consideraba ideal para que le sirviera de guía. El chiquillo se llamaba Khalil. Era paquistaní. Vivió como una degradación tener como tutora a una mujer y sólo al cabo de unas semanas me dirigió la palabra. E hizo que mi mundo se derrumbara. Me dijo que no vivíamos en 2009, sino en 1430.

Cuando le pedí explicaciones a mi padre, me dijo que mi compañero contaba los años de una forma distinta. Él, como todos los musulmanes, lo hacía a partir de la hégira de Mahoma. Nosotros, del nacimiento de Cristo. Dado que mi padre —me refiero a Giose— era ateo, esta revelación me dejó sin palabras. De manera que también puede ser cierto algo en lo que no crees.

Pero, en definitiva, ¿en qué año vivimos?, le pregunté. En 2009 y en 1430, respondió mi padre. Y también en otros muchos años distintos. Los pueblos de la tierra creen en cosas distintas, no utilizan el mismo calendario. Los judíos cuentan los años a partir de la creación del mundo. Los hindús llevan la cuenta de una forma; los aborígenes, de otra. El número no es importante, es sólo un símbolo, una convención.

¿Así que yo estaba viviendo en una ficción! ¿Era como un personaje literario? ¡Ojalá! Son unos privilegiados, esos que existen sólo en los libros. Su tiempo tiene principio, pero no tiene fin, está detenido, pero transcurre. Nacen, pero no mueren, alcanzan una edad, pero no la superan. Si tienen veinte años cuando el libro termina, pueden seguir viviendo jóvenes para siempre, como los vampiros y los dioses. A veces viven en el presente, junto a nosotros. Viven en nuestros mismos días. Sus fechas marcan también nuestra vida. A pesar de todo eso, el tiempo transcurre a velocidades distintas para nosotros,

que estamos aquí y ahora, y ellos, que tan sólo existen en el mundo de papel de la literatura.

Si mi aquí y ahora no existía de verdad, si era una construcción, fantástica como la imaginada por los escritores para sus personajes, ¿quién había imaginado mi tiempo?, ¿quién era el autor del libro que estaba viviendo?

Entonces mi padre —me refiero a Christian, porque era él quien me explicaba estas cosas— me contó que tenía un nombre y una historia. Escuchadla: se trata también de vuestro autor.

Venia de la Escitia. De una tierra que luego sería llamada Dobruja, habitada en gran parte por los godos. En resumen, que hoy sería rumano. Se llamaba Dionysius. Como apellido quiso llevar solamente un diminutivo: Exiguus. El Pequeño. Por humildad. Porque era un hombre, y quería reservar los adjetivos altisonantes para Dios.

Estudió en Tomis, y esto es algo que me gusta, porque Tomis es el lugar al que, exiliado de Roma por la ira funesta de Augusto, fue a morir Ovidio. Es mi preferido entre los escritores: me gustaría ser uno de los personajes de sus Metamorfosis —una ninfa esquiva, una sacerdotisa de Artemisia, una diosa— y me gusta pensar que dejó algo de su imaginación en su última patria.

Según un testigo que lo conoció, Dionysius Exiguus poseía muchas cualidades: la sencillez, la cultura, la doctrina, la humildad, la sobriedad, la elocuencia. Mi objetivo en esta vida es poseer por lo menos algunas. Le habría gustado vivir como eremita, igual que un místico egipcio, pero era sociable, y se pasó toda su vida rodeado por los demás. Le habría gustado quedarse estudiando en su monasterio de Oriente, pero fue llamado a Constantinopla y, más tarde, a Roma, a la corte del emperador y del Papa. Le habría gustado ayunar como un asceta, pero asistía con frecuencia a los banquetes y las ceremonias. Era casto, aunque valoraba el intelecto de las mujeres. En resumen, era tolerante. Pero, sobre todo, era culto, cultísimo. Y esto me gusta. Soy de los que consideran la cultura la única riqueza que es posible

llegar a poseer en esta tierra. Era escritor. Y esto me gusta todavía más, porque yo también voy a ser escritora.

Pero no escribía novelas ni poesías. Por otra parte, en esa época —tras la caída del imperio romano de Occidente— ya casi no se escribían. Además, era monje. Dedicó su elegante prosa a las controversias teológicas, al derecho canónico, a las hagiografías de los santos, a la oratoria. Un día, hacia finales de 496, tras la muerte del papa Gelasio, llegó a Roma. Y también esto me gusta: Roma es la porción del espacio donde he sido más feliz, y donde me gustaría quedarme. No se sabe si era joven o ya viejo cuando cambió el tiempo, para todos.

En esa época, uno de los temas más controvertidos era la fecha de la Pascua. Cada comunidad, en Oriente y en Occidente, la celebraba un día distinto. Establecer la fecha exacta era cuestión de vida o muerte. Era una época en la que los hombres se acusaban de herejía en nombre de conceptos metafísicos, como la naturaleza del verbo divino, la superioridad del Hijo, engendrado por el Padre y hecho por él, pero con diferente sustancia, o la transmisión automática del pecado original, y se masacraban por una palabra, o se creían que el hombre era merecedor de un destino sin estar predeterminado al mismo. El primicerio de los notarios de la corte del papa Juan I le encargó a Dionysius que resolviera la cuestión. Dionysius era un conciliador. Quería unir, nunca separar. Tuvo una idea tan sencilla que le sorprendió que a nadie se le hubiera ocurrido antes.

Para establecer de una vez por todas cuándo caía la Pascua, es decir, la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, era necesario establecer la fecha de su nacimiento.

Había mucha confusión al respecto. Los Evangelios no ofrecían referencias cronológicas precisas y mencionaban a pocos personajes y hechos documentados: Herodes, el censo de Augusto... Y los historiadores romanos habían tomado nota tardíamente de la muerte de un alborotador, de un subversivo judío crucificado en una provincia del imperio.

Dionysius, sin embargo, era cultísimo, como ya os he dicho, y tras severos y meticulosos estudios determinó la fecha del nacimiento de

Cristo. Para Dionysius Exiguus el acontecimiento decisivo de la historia de la humanidad acaeció el año 753 de la fundación de Roma.

Poco después, este pequeño e inmenso intelectual murió. Era el año 242, pero no nuestro 242. Con el fin de que no empecéis a marearos, os diré que en ese momento se contaba el tiempo a partir del inicio del imperio de Diocleciano (lo que para nosotros sería el año 284). Pero Dionysius consideró que era injusto que se contara el tiempo a partir de la proclamación de un tirano, responsable, por si fuera poco, de haber desencadenado la última terrible persecución contra los cristianos. Por eso sustituyó esa fecha por la encarnación del Redentor, que para él, como para todos los demás creyentes, coincidía con el exordio de la esperanza de la salvación de la humanidad.

Como todos los artistas, los científicos, los exploradores y la mayor parte de los escritores, Dionisio el Exiguo no supo que había legado al mundo una obra de valor incalculable. Algunos siglos más tarde, se empezó a contar de verdad en todo Occidente el tiempo partiendo de la encarnación de Cristo (y luego, de su nacimiento), aceptando el cálculo que él había hecho, un hombre llegado desde lejos, cuyo cuerpo ya era para entonces polvo en la tierra de Roma, pero cuyas obras seguían siendo transcritas y copiadas en los monasterios de Europa. Y en el tiempo inventado por Dionysius seguimos viviendo nosotros.

Inventado, sí. Imaginario, soñado, literario. Porque Dionysius Exiguus se equivocó en sus cálculos; no tenía a su disposición todas las fuentes necesarias. Doctores de la ley, cronógrafos y estudiosos más preparados que él consideran que el tiempo tiene seis o siete años más de edad, teniendo en cuenta que Jesús habría nacido el año 7 antes de Cristo y no el año 1. De lo que se deriva que 2013 no es 2013, sino 2020; 2015 es 2022, etcétera.

¿Pero qué importa eso? Lo inventado a menudo se convierte en verdadero. Siete años de la historia, y nunca van a ser vividos. Como esos diez días de octubre de 1582, cuando la reforma del calendario juliano impuso una aceleración al mundo, y los hombres se acostaron una noche y se despertaron diez días después.

Así que a mí me gusta imaginarme que vivo no aquí y ahora, en una fracción exigua y miserable del tiempo, sino en el año más literario de todos. El año cero, el que no existe y nunca existió.

Porque Dionisio el Exiguo no conocía el cero, que el matemático Fibonacci revelaría a los occidentales tan sólo muchos siglos después de su muerte. Para Dionysius al año 1 antes de Cristo le seguía el año 1 después de Cristo. Y es en ese año en el que nadie vivió nunca donde yo quiero vivir, donde viven los personajes de las novelas que he leído y que voy a escribir. Los que existen tan sólo en las páginas de los libros. Los que nacen pero no envejecen, los que son para siempre porque nunca fueron.

Eva Gagliardi

SOLA ME VOY¹

Las vías del metro, pringosas de grasa, discurren a un metro del andén y se pierden en la penumbra, donde se debilitan las luces de la estación. Por encima de los raíles metálicos, movidas por el viento que sopla en oleadas desde el túnel, revolotean briznas de polvo, un vaso de papel y el folleto de un Compro oro, pago al contado, tasación diaria. Pero el tren no llega. Gritando igual que si estuvieran en clase, las profesoras siguen pidiendo a los alumnos de 2.º B que no se dispersen por el andén. Algunos fingen obedecer; otros exhiben la más desdeñosa indiferencia, escuchan la música que brota de sus auriculares o envían mensajes a sus amigos ausentes y comparten la nueva página del Facebook: desde que la colgaron en la red, la ha visitado ya todo el colegio. Debajo de un cartel que anuncia en árabe y en ruteno rápidas transferencias de dinero al extranjero, Eva juguetea nerviosamente con su billete, lo dobla, lo retuerce. No coge nunca el metro. En la pantalla colgante, un letrero luminoso avisa de que el próximo tren para Bisceglie llegará en 5 MINUTOS.

A las nueve y media de la mañana la estación de Pasteur está casi vacía. Quien tiene un trabajo se encuentra ya en la oficina,

1. Alusión al primer verso de la canción «Perduto amore (in cerca di te)» —«Sola me ne vo per la città»— de Sciorilli-Testoni. (*N. del T.*)

quien lo ha perdido se deprime en su cama y quien puede permitirse no tenerlo aún sigue soñando. Luego queda esa humanidad desperdigada que bulle en los subterráneos de la ciudad. La luz cruda de las luces de neón dibuja arrugas y sombras en los rostros. Eva remolonea al lado de un hombre que cojea, maloliente, con barba cerdosa y chanclas de goma. Es posible que sea un carterista, un ladrón que se dedica a los turistas entre las estaciones de Centrale y Duomo, o un enfermo mental que acarrea su locura de estación en estación. Pero, de entre todas las personas que deambulan por el andén en ese momento, es a la que Eva le tiene menos miedo. La profesora de lengua cuenta por enésima vez a los alumnos. Veinticinco, bien, todo está controlado.

Chicos –insiste con esa voz áspera por veinte años de docencia–, quedaos atrás, lejos de la línea amarilla, y cerca unos de otros, quiero veros a todos. Eva arruga el billete y se lo mete en el bolsillo de la cazadora bomber. Metalizada, de color malva, recién comprada en un sábado salvaje de compras, para descubrir demasiado tarde que sobre el maniquí anoréxico quedaba mejor. Eva ya conoce los dibujos de Leonardo da Vinci. Se los explicó su padre, y también le regaló un libro que los reproduce todos. Desde pequeña le contaba quién era Leonardo, dónde había nacido, quién era su madre y la apasionante vida que le tocó vivir, a pesar de su nacimiento irregular; la gloria y los regalos del rey, y el deseo de experimentar lo nuevo, la curiosidad por conocer el mundo, y el valor de ser uno mismo. Y le explicaba que cuando estudiaba la circulación de la sangre o proyectaba el paracaídas, los artefactos de guerra y el ala delta, Leonardo soñaba con comprender la naturaleza, cambiar el presente e inventar el futuro. Ningún guía podría nunca explicarle a Leonardo da Vinci mejor que su padre. Christian Gagliardi, profesor de literatura latina cristiana, experto en historia antigua, en la Biblia, filólogo; en la práctica, un genio, en modo alguno un pobre guía cualquiera.

Y además el dibujo preferido de su padre no se conserva en Milán. Es el Hombre de Vitruvio: desnudo, fuerte, con los ojos

completamente abiertos y la mirada firme, los brazos abiertos en cruz, las piernas a un mismo tiempo abiertas y cerradas, inscrito en el círculo y en el cuadrado, las figuras geométricas perfectas, que representan el cielo y la tierra, el espíritu y la materia. El ombligo del hombre con las piernas abiertas se sitúa en el centro del círculo; los genitales del que tiene las piernas cerradas, en el centro del cuadrado. Significa que el hombre se halla en equilibrio entre el espacio y la naturaleza, el cuerpo y el intelecto. Es el reflejo del cosmos, y la medida de todas las cosas. Pero ese dibujo está en Venecia –adonde su padre la llevó a verlo cuando lo expusieron, hace algunos años–, no en el Códice Atlántico. A Eva le importa un pimiento ir a la exposición de la Biblioteca Ambrosiana. Pero todo 2.º B se muestra entusiasmado al perder un día de clase. Y ella no quiere ser diferente.

4 MINUTOS. No se ha dado cuenta de que Vigevani, Grasso, Sacchetti y Loris Forte se han acercado a ella. Vigevani se le aproxima, la huele, hincha las narinas. Eh, exclama, fingiéndose sorprendido, me parece oler a lefa. Grasso le levanta el pelo a Eva y le frota su nariz ganchuda por el cogote. No, no, es a polla, exactamente huele a polla. Sacchetti le pasa los dedos a Eva por la cara, que intenta esquivarlo inútilmente, hace ademán de limpiárselos sobre su bomber, tuerce el gesto en una mueca de disgusto y sentencia, en voz alta, ¡es mierda, tíos, apesta a mierda!

Mierda, caca, excremento, heces, deposiciones, popó, estiércol, guano, boñiga, le secundan Vigevani y Grasso, desplegando todos los sinónimos del diccionario. No por nada lo acaban de consultar para enriquecer su página de Facebook. Los tres fruncen la nariz, como si de Eva se desprendiera un hedor insoportable.

¡Parad de una vez!, dice Eva, ¡ya basta! Escruta entre sus cabezas buscando a las profesoras, pero éstas no pueden verla porque el pordiosero ha avanzado un paso y la oculta. Ha hecho mal alejándose. Debería haberse quedado con el grupo. No tendrían la valentía de meterse con ella si estuvieran al alcance de las profesoras. Landini está atenta a estas cosas, como si tuviera un radar.

Hace tres días le pidió que fuera a la sala de profesores con una excusa y le preguntó si algo iba mal. Se ha incorporado procedente de otro instituto, tiene la impresión de que no se está integrando. Sí, quería contestarle, todo va mal. Pero, en cambio, no dijo nada. Nunca habla con los mayores. No se fía de ellos.

Mientras siguen tapándose la nariz con los dedos, los tres chicos repiten ferozmente Eva es una mierda, Eva es una mierda, Eva... La música insulsa difundida por los altavoces de la estación cubre la cantilena. ¿Hasta qué punto pueden ser imbéciles tres chiquillos de doce años? Pero ella no se arrepiente de haberlo dicho. Se siente orgullosa. Como si fuera un título nobiliario. Su medalla de oro. Eva busca con la mirada a Loris Forte, quien no obstante evita la suya. Los cristales de las gafas lo protegen. Entonces se vuelve hacia el pordiosero, o ladrón, o enfermo mental, que está a su lado, plantado como un árbol en el andén, y se da cuenta de que no movería ni un dedo para ayudarla. Bastante tiene con defenderse a sí mismo. Eva se da de codazos con Sacchetti y Vigevani, intenta apartarlos y alcanzar a sus compañeras. No la dejan pasar. La pantalla luminosa indica: 3 MINUTOS.

Eva lanza un codazo al costado a Grasso, se abre paso en su asedio y se escabulle. Loris la sujeta por la mochila y, como ella se libera, se le queda en la mano. Triunfante, Loris saca el diario. ¡Devuélvemelo!, exige Eva, empujándolo. Loris deja caer la mochila y corre hacia el extremo opuesto del andén. Eva vacila, se agacha para recoger la mochila, y las gafas de Loris, que se le han resbalado de la nariz en el barullo, y Loris ha llegado junto a los bancos, donde hojea ávidamente el diario de Eva Gagliardi. Es muy miope, pero ahora no necesita las gafas, porque de cerca ve. Quiere descubrir si en su diario Eva lo nombra, porque está convencido de que está enamorada de él. En realidad, tiene esa esperanza. A él le gusta, la Gagliardi. Pero le da vergüenza admitirlo, porque los demás pensarían que hay algo raro también en él. Todo el mundo la considera rara. Eva Gagliardi habla como un libro impreso. Y aunque hayan empezado a crecerle las tetas,

y los pezones se le pongan duros como clavos debajo de los anchos jerséis con los que se abriga, ninguno de los chicos sueña con pedirle que salga con él. Detrás de la cubierta, con cinta adhesiva, Eva ha pegado una fotografía. Pero no es de él. Loris la despega febrilmente, con las uñas. 2 MINUTOS.

Gagliardi, Forte, ¡venid aquí!, los llama Landini. Pero no le hacen caso. Eva va hasta donde está él y se le encara, no le tiene ningún miedo a esa jirafa ciega. Lo zarandea. Loris agita la fotografía, manteniéndola suspendida por encima de su cabeza. Hace ademán de tirarla a las vías. Eva va dando saltos, tratando de arrebátarsela de las manos, pero Loris es más alto que ella. Es el más alto de la clase. Un gigante. Devuélvemela o te mato, masculla Eva. ¿Y tú qué me das a cambio?, se ríe el chiquillo. La fotografía oscila entre las luces de neón. Se ve a tres figuras blancas contra el cielo azul. Es su favorita, con ellos. Son jóvenes, con los rostros bronceados, y sonríen, felices, ignaros. Eres un retrasado mental, dice Eva. Loris sabe qué debe responder. Y tú eres una mierda porque saliste por el agujero del culo. Aunque a él siempre le haya dado vergüenza pronunciar esa frase vulgar, en su casa nunca dice palabrotas, su madre no las soporta. 1 MINUTO.

Una mujer con una cesta blanca de la que sobresalen hojas de apio los observa, y dado que el diálogo no llega hasta sus oídos, le parece que están jugando. Bendita juventud. A su edad ella no jugaba, trabajaba, y si se quejaba, venga garrotazo. A la espera ya de la llegada del tren, las profesoras reúnen al rebaño disperso de 2.º B. Los chiquillos ahora la rodean, dóciles. ¡Forte, Gagliardi, venid aquí!, brama Landini. ¡Devuélvemela!, repite Eva. Le enseña las gafas, amenazando con tirarlas a las vías si no le devuelve la foto. Loris no tenía intención de dejar caer la fotografía. Tan sólo quería pedirle algo a cambio. Pero no las gafas. Un beso. Si esas estúpidas gafas no se le hubieran caído de la nariz, Eva Gagliardi se habría visto obligada a aceptar. Pero desde el túnel llega un soplo repentino, y se la arrebató de los dedos. La fotografía sale volando; revolotea sobre las vías, pero no cae, y el viento que

anuncia la llegada del tren la empuja hacia el extremo del andén, hacia la entrada del túnel de Loreto.

¡Cógela!, grita Eva. En vez de disculparse, porque no lo ha hecho adrede, de verdad, Loris pronuncia la frase. Le sale de la boca de repente, casi en contra de su voluntad, como la regurgitación de un vómito. Eva tira las gafas al suelo y salta encima de él, como un tigre, arañándole los párpados, la nariz, la cara. El rótulo luminoso centellea: LLEGADA DE TREN.

En el vagón de cabeza brilla un faro como un ojo. Loris intenta librarse de las uñas de Eva sobre su rostro, se tambalea, y ella lo empuja hasta el borde del andén, con una fuerza de la que nunca se habría creído capaz. Loris bracea, en el vacío, y cae desmadejadamente hacia atrás. Su rostro está deformado por el dolor y el terror. ¡Ayúdame!, grita, extiende las manos hacia el andén. Eva, sin embargo, retrocede. Luego sólo hedor de metal quemado y chirrido; las ruedas que se bloquean, las chispas que brotan y los vagones que avanzan.

La mujer con la cesta blanca instintivamente se echa hacia atrás, y los vagones pasan por delante de ella. Uno, dos, tres. Luego el tren se queda parado. Un viejo que baja con toda la tranquilidad del mundo por las escaleras mecánicas se ve empujado, desequilibrado y casi tirado al suelo por una chiquilla con el pelo revuelto y una mochila rosa que corre en sentido contrario, subiendo por las escaleras mecánicas inmóviles igual que si fueran de piedra, saltando los escalones de dos en dos. El viejo se aferra al pasamanos, enojado. ¡Qué ignorancia! Está prohibido salir por aquí. Por aquí se baja, del otro lado se sube. Pero los chicos de hoy en día no tienen educación, ya nadie les enseña a respetar las normas, todo les está permitido. Ahora en la estación la música insulsa de los altavoces no llega a imponerse a los gritos. Del metro descenden los pasajeros, aturdidos. Algunos han caído al suelo debido al brusco frenazo, y se palpan los huesos. Los que esperaban en el andén se aglomeran alrededor de la ca-

beza del tren. Sólo el hombre con sandalias de goma ha subido tranquilamente al vagón, ahora vacío, y se ha sentado. Cree que las puertas están a punto de cerrarse. Sin embargo, la estación de Pasteur es un manicomio.

Los chiquillos de 2.º B no han visto nada. Alguien ha sido aplastado por el metro, comunica Sacchetti. La noticia se propaga a la velocidad de la luz. El accidente los entusiasma. Aún no han visto nunca a un muerto. ¿Dónde, dónde? ¿Pero no podía suicidarse en otro momento?, susurra la profesora de arte e imagen a su compañera. Landini no era partidaria de llevar a los alumnos a la Ambrosiana con la línea roja; es difícil vigilar a veinticinco chavales de doce años en un espacio abierto. Habría preferido alquilar un autobús. Pero la escuela ha sufrido demasiados recortes, no han encontrado fondos para ello. Y, pese a todo, las profesoras no quieren renunciar a las actividades. No se rinden, esas dos, bajan a las trincheras antes que privar a los chicos de aquello a lo que tienen derecho. Landini no puede ver a Loris Forte ni a Eva Gagliardi. Rechaza ese pensamiento que le da vueltas por la cabeza. No, no es verdad. Avanza hacia la cabeza del tren, con el corazón en un puño. En la ventanilla del primer vagón hay una mancha de sangre del tamaño de una rosa. Aunque tal vez sea pintura en spray. ¡Está debajo, está debajo!, gesticula la mujer de la cesta blanca, pero en la confusión nadie la escucha. La profesora Landini ve un par de gafas en el andén. Con el rostro cadavérico, al borde de un infarto, grita los nombres de Eva y Loris, desesperada. El conductor se ha bajado del vagón. Él también se siente mal. El esfínter se le está soltando. ¿Qué ha pasado?, pregunta el vigilante que ha llegado de la estación superior. ¡Desconectad la corriente!, grita la mujer de la cesta blanca. ¡Ha caído, está ahí debajo!

¿Pero quién, cuándo?, intenta calmarla el vigilante, mientras llama a una ambulancia. La mujer de la cesta blanca, concitada, jadeante, no es capaz de explicar lo ocurrido. No los estaba mirando fijamente. Se distrajo cuando llegó el tren. Eran dos chi-

quillos, estaban jugando, en el andén, cerca de la línea amarilla, se estaban dando manotazos, se empujaban, oh Dios mío, Virgen Santa.

El tren con destino a Roma parte con puntualidad. Eva va sentada en segunda clase, junto a la ventanilla. No es su asiento. Pero no le gustaba el que le había asignado el ordenador. El vagón número 9 iba demasiado vacío, habría llamado la atención. Las chiquillas de once años no viajan solas. Se ha metido en uno de los compartimentos del medio, mezclándose con una comitiva de turistas españoles. Son morenos, con facciones mediterráneas, como ella. Tal vez el revisor piense que forma parte del grupo. Ella los ha elegido precisamente porque son españoles. En su familia España se parece al paraíso, sus padres hablaban con afecto y nostalgia, le decían: acuérdate siempre de que tú tienes el alma andaluza.

Los últimos rezagados se apresuran a subir; con el pie en el estribo una mujer da las últimas caladas a su cigarrillo. Cierra las puertas, cierra las puertas, le ruega Eva. Tendría que ofrecer un pacto con el destino. Del tipo: si el tren se va antes de que vengan a buscarme nunca más cogeré el metro; o bien: si salgo de ésta nunca más mataré ni siquiera a un mosquito, dejaré de estudiar, les limpiaré el culo a los enfermos terminales, renunciaré a mis sueños. Pero tiene la mente en blanco, y no es capaz de prometer que sacrificará algo lo suficientemente importante para compensar la muerte de Loris Forte. La vida no puede compararse con ninguna otra cosa, no puede trocarse con nada. Ojalá pudiera volver atrás, ojalá no hubiera vivido esos cinco minutos.

Sus ojos escrutan el andén, pero no se ve a la pasma. Aún no están buscándola. Pero lo harán. Sólo faltará ella cuando pasen lista en 2.º B. Los inocentes no huyen. Y, además, también están las cámaras de vigilancia de la estación. La habrán enfocado en aquel momento. No, no tiene que pensar en el rostro aterrorizado de Loris Forte mientras cae hacia atrás. Habrá sido cosa de un